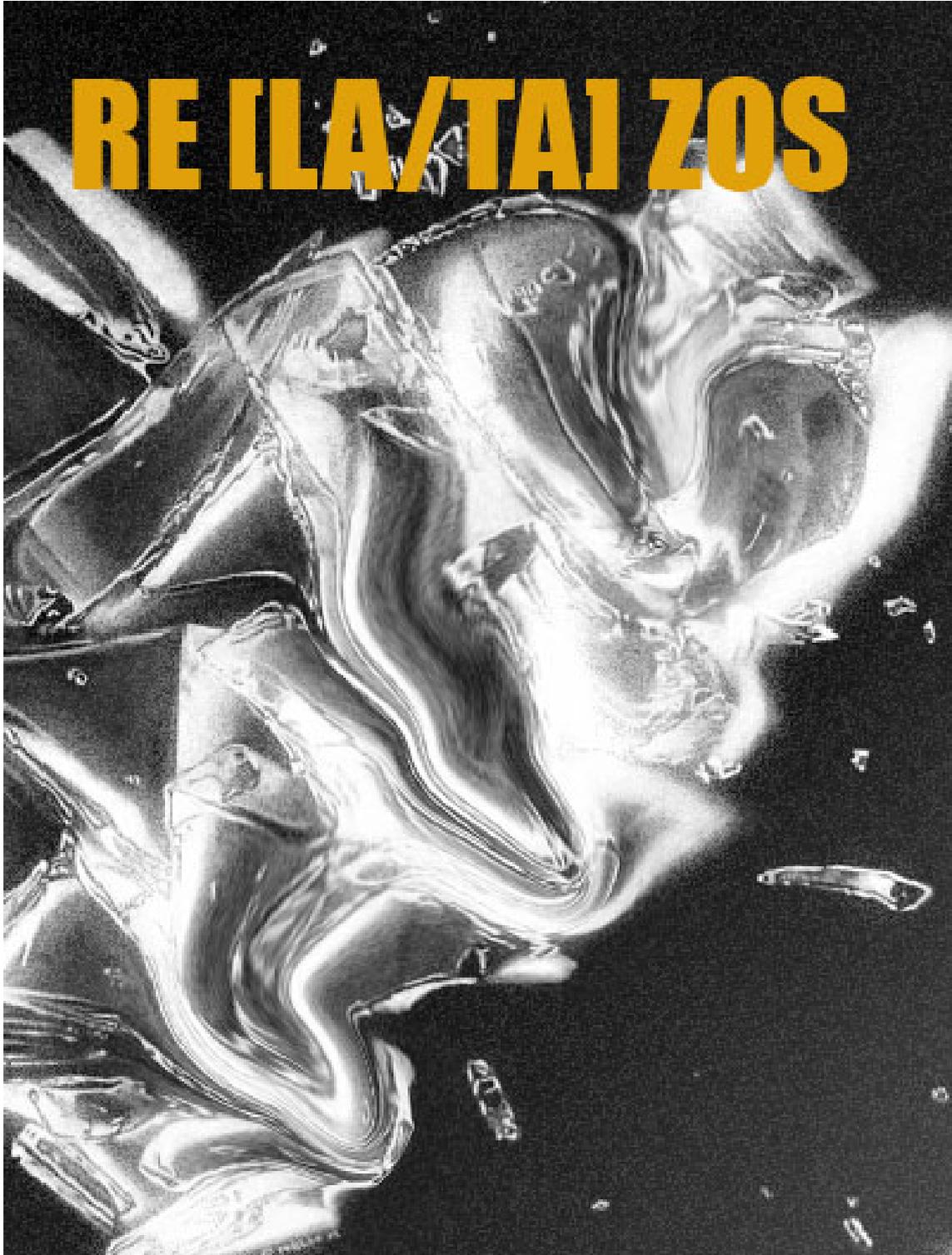


Re [la/ta] zos

David S. M.



Capítulo 1

COMPRAR ALGO DE TIEMPO

-Pues yo lo que querría, mire usted, es hablar un poquito, si no es molestia.

Paraba el anciano en el quicio de la puerta, apenas sostenido por su trémulo bastón, vistiendo unos pantalones de pana vieja bajo los que ni se adivinaban ya los dobleces de las piernas, flaquitas como las de un niño famélico, y un chaleco raído sobre una camisa que quizá fue blanca en sus inicios, que daba pena mirar.

Hizo Inés por esfumar la sorpresa de su rostro lo mejor que supo, que fue bastante para quien está acostumbrada a fingir, se puso la minúscula bata de seda sobre el escueto corpiño e hizo un gesto al anciano para que entrase en el cuartucho. Ambos se cruzaron a los pies de la cama, hembra de pura raza y hombre de piel de acordeón. Inés cerró la puerta y, de espaldas al cuarto y al viejo, le espetó:

-¿Sabe usted dónde está, no es cierto? ¿Sabe usted que una es una puta, buen hombre?

Él se sentó frente al ventanuco, tan a la orilla de la cama que parecía resbalarse por momentos desde su propio pellejo apergaminado, con los ojos empapados de tiempos perdidos y llorosos. Tanto tardó en contestar que, cuando lo hizo, Inés casi había olvidado de su interpelación.

-No se me preocupe usted, que el cobro no será problema. Lo único que deseo es que se siente unos minutitos aquí, conmigo.

Inés se sintió impúdica allí, al lado de aquel viejo de rostro antiguo bajo la boina, de cejas grises que ya raleaban, ojos hundidos, nariz considerable y mandíbula caída. Él la vio poner las manos sobre la piel que se le veía, y emitió un gargajillo que semejaba una risita.

-¡No se me preocupe usted, por favor! Uno está mayor para escandalizarse por estas cosas, y mi vista ya no es lo que era...

Inés sonrió, nerviosa e indecisa, y atinó a decir:

-No me trate de usted, por favor, que no es lo mío.

-¡Ay, chiquilla! No te fustigues, los roquedales por los que nos encamina la vida nunca son del todo decisión nuestra, aunque necesitemos pensar

que sí. Pero razón tienes, que eres muy joven aún para recibir tratamiento de señora.

Sucedió un silencio calmo, como estanque sin viento, en el que ambos se miraron con incipiente afecto. El abuelo le gustaba, e Inés le interpeló:

-¿Y de qué querría usted hablar con alguien como yo, buen hombre?

Exhaló él despacio, paladeando el aire como si fuese el del último aliento. Buscaba por dónde comenzar, pues no había un principio claro.

-¿Sabes quién soy?

El cambio en la entonación, aunque sutil, la puso expectante y alerta. No se trataba, pues, de alguien como yo. Se trataba de ella en particular. Miró Inés, aun así, como se mira a los viejos, pensando en batallas antiguas perdidas hacía tiempo.

-Pues no, mire usted. No podría reconocerle aunque lo intentara un mes entero, pues no le he visto en la vida.

Un nuevo suspiro teñido de nostalgia.

-Bien, chiquilla, veo que comencé por donde no debía. Mi primera pregunta debería haber sido, ¿te recuerdas a ti misma?

Ahora sí Inés pasmó de sorpresa y, mentalmente, repasó los resquicios que aún permanecían limpios en su memoria, todos ellos previos al actual infierno en que se hallaba, en busca de aquel anciano tan extraño. Pero no encontró nada, y el balanceo de su cabecita así se lo hizo saber a su interlocutor, que asintió como si lo esperase.

-Has perdido tu esencia, muchacha, lo más preciado que nos da Dios; esa es una de las razones por las que estoy aquí. Piensa, y dime si ahí dentro -sentenció él, con ligeros golpecitos en su propio cráneo, dados a través de un dedo huesudo como los de la misma muerte- no está todavía el número seis de la calle Plasencia y todo lo que lo rodeaba.

Se volvió el espacio neblinoso sobre la mente de Inés, impregnando en sepia las palabras que acababa de escuchar. Prendió como una cerilla el recuerdo de un pequeño edificio de tres plantas en un arrabal perdido de la ciudad, una casita blanca y pura con su puerta de madera basta pero maciza abierta en dos hojas hacia dentro como una invitación; prendieron después la cortina de tela raída y el escalón que invadía la acera desconchada, y arraigaron por último los gritos infantiles de la calle, de los que había participado todos los días de su, a un tiempo, cercana y lejana infancia. Se le agolparon las lágrimas en los ojos, pero no les permitió desbordarse. A fe que el carácter de aquella puta amargaba los

dulces.

-Lo recuerdo.

-Bien -carraspeó el viejo, que pareció no darse cuenta de aquellos ojos húmedos y ásperos-. Ahora piensa en la gente, en tu gente. Milagros, Juanín, Aroa, tus padres y tus vecinos...

Unos instantes después, Inés aspiró con fuerza y aquel anciano habló de nuevo, esta vez sin esperar respuesta.

-Estupendo, chiquilla. Ahora, dime: ¿No recuerdas a Clara y a Fermín?

-¡Oh, sí! -exclamó ella casi al instante, y le miró como si acabara de verle por vez primera-. ¿Fermín? -aventuró acto seguido, con voz ahogada.

Los ojos hundidos del viejo se cerraron por los pliegues que le nacieron tras su sonrisa franca, henchida de satisfacción.

-El mismo, chiquilla. Aquel que te surtía de caramelos todos los días para repartirlos entre tus amigos. Yo, que aún visto y calzo.

Ella se sintió rendir el cuerpo y, ahora sí, vertió un torrente de lágrimas retenidas durante tanto tiempo que ya ni se acordaba, volcó amargura como no sabía que llevaba dentro. Derramó vergüenza y miedo por tener a aquel anciano delante de la puta en que se había convertido.

-¿Qué hace usted aquí? ¡No quiero que me vea así!

Una de las dos manos ancianas se levantó del cayado como un pajarillo que aún no conoce bien los rudimentos del vuelo, y sacudió el comentario como una molesta baba del diablo que se enmaraña en el cabello en primavera.

-¡Bah! ¡Tonterías, chiquilla! No soy juez ni Dios para que me temas o avergüences.

Ella accedió reticente, replegó sus lágrimas y suspiró, dando gracias por aquel interludio de recuerdos immaculados en su mísera vida.

-¿Y cómo anda doña Clara? -indagó Inés, meciendo un pañuelo de papel barato entre los ojos, cuidando la línea de rimel.

-Hija -respondió él, aquejada la voz de pronto de una tristeza tan brutal que dolía-, mi Clara ya no anda ni bien ni mal. Debe estar por ahí arriba,

sermoneando ángeles como solía hacerlo contigo y la cuadrilla.

Siguieron de nuevo instantes de silencio abarrotados de recuerdos y melancolía, hasta dejar a los dos ahítos de soledad.

-Lo siento mucho, don Fermín -se disculpó ella, sin atreverse a tocar al anciano aunque lo deseó con todas sus fuerzas.

La familiaridad apaciguó un tanto el ambiente de dolor, e Inés se atrevió de nuevo a inquirir:

-¿Y sus hijos, mis amigos? ¿Florián continúa tan orondo como siempre? ¿Y Lucía tan alta?

Asentía Fermín mientras negaba con la voz.

-Así lo supongo, chiquilla, así lo supongo. En realidad, así es como los vi la última vez que me visitaron, la semana que viene hará dos años. Pero, no te sorprendas -aseveró, al tiempo que observaba cómo los ojos de ella se abrían horrorizados y la boca se preparaba para exhortar una queja-. Florián vive en otra ciudad, lejos de aquí, y Lucía se separó de su marido, anda metida en un mar de litigios, y sus hijos le consumen el tiempo como si fueran bollos de miel en la boca de un oso.

Inés sonrió por la ocurrencia de Fermín, aunque sus ojos seguían endurecidos, sin rastro ya de las anteriores lágrimas.

Sabía sin embargo, Fermín, o más bien esperaba con su último hálito de esperanza aunque no lo admitiese, que ella así había de reaccionar, y esa era la razón justa que lo había llevado hasta allí.

-Escuché lo de tus padres, chiquilla. Lo sentí como si fuesen mis propios hijos.

Y de nuevo el llanto se desarboló de los ojos pintados a pesar del dique de los años de insensibilidad, y la puta lloró como si aún tuviese siete años, como si los árboles de la calle Plasencia no hubiesen sido ya pasto del olvido, la arena no hubiese tornado en asfalto y sus padres no hubiesen muerto sabiéndola dentro de aquel sórdido mundo de mierda.

Le alcanzó él un nuevo pañuelo de la cajita de cartón rectangular que reposaba entre los dos, y lo hizo con tal esfuerzo en sus achacosas extremidades que ella cesó en su llanto, no fuese a darle algo al hombre directamente allí, en su cama.

¿Qué pensaría la gente, válgame Dios?

-¿Sabe? Siento no haberme podido despedir de ellos como la hija que era.

-Fueron a visitarme al asilo, hace un año más o menos. ¿Lo sabías? No -se contestó el viejo a sí mismo-, claro que no. Te querían, pero no podían soportar verte en las condiciones actuales. No eran malas personas, y tú tampoco, chiquilla...

-No me llame más chiquilla, Fermín, que me supone virtudes de las que carezco.

De nuevo el aleteo de la mano curtida sobre el bastón, menospreciando sus palabras.

-¡Bobadas te digo, muchacha! Quería que supieses que tus padres confiaban en verte fuera de esto y... Yo también.

Ella se encogió de hombros, vencida.

-No hay salida para mí.

-Bueno, ya veremos. Lo que yo quería es, muchacha, proponerte un trato.

Ella abrió de nuevo sus ojos enrojecidos, ahora con viveza e interés, olvidado por un momento el cuartucho en el que estaban, olvidadas sus respectivas condiciones de anciano y puta.

-¿Un trato? ¿A mí?

-Nadie más hay en esta habitación, ¿verdad? Pero sé que es un trato egoísta por mi parte, no pretendería que te sintieras obligada a aceptarlo...

-¡Hable usted, por Dios!

Asintió él.

-Tus padres fueron muy amables conmigo, antes y después de la muerte de mi Clara. Por ello, he pensado que, tanto tú como yo, podemos hacerles honor. Yo intentaré que, a pesar de esto -señaló el viejo a su alrededor, extendiendo olor a sudor y colonia barata con el vaivén de su cuerpo-, tu vida sea más apacible de lo que es ahora. A cambio, como buen egoísta que soy, te pediría que, una vez al mes, acudieses a visitarme al asilo.

-¿Yo? -se sorprendió ella-. ¿Pero querría usted que una puta fuese a visitarle? ¿Qué todos supieran en lo que se ha convertido aquella niña que

recibía sus caramelos llenos de cariño?

-Esa es la idea, muchacha, esa es la idea. Cuando se tienen mis años, la importancia de las cosas se relativiza mucho en comparación con los tuyos. No me importa, ni a ellos tampoco, quienes hacen las visitas mientras alguien se acuerde de nosotros. Es más, muchacha, en el escaso tiempo que disponemos para libar el cariño de la familia, el resto del mundo no existe para nosotros, estamos... Están -corrigió Fermín, y ella sintió tanta pena que estuvo a punto de acceder sin dejarle terminar-, demasiado ocupados para mirar siquiera alrededor. ¿Vendrás?

-Lo intentaré -replicó ella, imprecisa.

Se levantó Fermín, mirando el reloj de pulsera de esfera amarillenta que colgaba de la escuálida muñeca que había volado un par de veces quitando importancia a sus palabras, y la propia Inés examinó el relojito que presidía su mesilla, constatando que ya había pasado la media hora acostumbrada para sus clientes. Se sintió sucia, más aún cuando descubrió los billetes arrugados que el viejo había dejado con delicadeza a los pies del camastro. Los cogió, y fue con ellos hacia la puerta, al encuentro del anciano que trastabillaba como podía hacia la salida.

-Recoja esto, señor Fermín. De ningún modo podría aceptar dinero de usted...

En esta ocasión, la mano que voló disidente fue la otra, agitándose en el aire como en despedida.

- Esta media hora has sido mi Inés, no la de nadie, y eso no hay dinero que lo pague.

Ella paró tras él, los ojos anegados otra vez. Cual si lo viera, él esperó hasta que ella llenó otro par de pañuelos de lágrimas y flemas, con la mano trémula descansando en el pomo oxidado que tantas manos ajenas habían abierto dejándola inerte en la cama, sin mirar atrás. Cuando ella aspiró hondo y le puso una mano en el hombro, él abrió la puerta y salieron al pasillo. Inés sentía los huesos del viejo bajo el raído chaleco, moviéndose en una macabra danza que hablaba de muerte y desesperanza. Como un juguete presto a romperse en cualquier instante y ser olvidado y relegado al desván.

Así llegaron ambos al hall, con todas las putas olvidando sus quehaceres para observar a aquel anciano que les había preguntado por Inés Martos, no por Inés la blanca, ni Inés la de la nieve, como se la conocía por su piel lechosa, impropia en el mundillo y muy apreciada por la clientela. Intrigadas, asqueadas unas, divertidas las más, ironizaban en voz baja al paso de la extraña pareja que, ajena a todos los ojos, pasaba mirada al frente ante aquella miseria envueltos en nostalgia. A varios metros de la

puerta se detuvo Inés como impelida por invisibles fuerzas, y levantó la mano del hombro de Fermín con más dificultad de la esperada, como rompiendo el último vínculo con su pasado. Él disminuyó su ya menguada velocidad un instante, como indeciso, y después se volvió hacia ella y le acarició la mejilla con mano callosa. Sin decir nada más giró de nuevo en su cayado y enfiló hacia la puerta, llevándose con él los pocos soplos de pureza que quedaban en aquel lugar. Inés se preguntaba si el viejo sería consciente de que ella, probablemente, no acudiría nunca a su cita. Le pareció que sí, y le admiró por su forma de estirar la maltrecha columna hasta el límite del orgullo, como lo hacen los hombres dignos de llamarse tales.

La flaca, llamada así en honor a su procedencia platense, escanció una carcajada grosera, burda, que barrió los recuerdos amables como escoba de esparto sobre la piel. Inés la miró, ceñuda, un instante murmurando algo sobre la madre de cada una y lo que se merecía. La flaca, socarrona, espetó:

-¡Ché, piba! ¡Míralo, al viejo, apenas se sostiene! ¡A poco lo matás, chica!

Inés, endurecidos los ojos de vuelta, y al viento la sonrisa, saltó:

-¡Cállate, flaca, o te callo yo!

Se volvieron, sorprendidas, todas las putas del recinto, mientras los andares cansados de Fermín se perdían al otro lado de la puerta que se cerraba, bajo las miradas sorprendidas, reprobadoras, sonrientes de la gente de la calle. Inés no hablaba nunca, menos aún con la de La Plata.

-Tranquila, chica -respondió Ilda la ucraniana, a su lado-. Pues, ¿quién era ese para ganarnos esa respuesta?

Inés recuperó del viento la sonrisa, con los ojos secos y duros, mirando sin ver la puerta del prostíbulo y el mundo que había más allá. Lloró una vez más, pero dejando ahora aflorar las lágrimas justas y voluntarias, sin preocuparse de la línea de rimel de sus ojos, absorta en un pasado que la golpeaba como un verdugo.

-Ese -contestó, enfatizando la palabra-, ha sido el mejor polvo de mi vida.

FIN

Capítulo 2

CASUALIDADES

I

Alain Comas regresaba a su casa ya entrada la madrugada, después de festejar con sus amigos la licenciatura que había obtenido esa misma mañana. Había resultado un proceso complicado, no sólo por la dificultad implícita en el estudio de una carrera universitaria, sino por el carácter severo de Alain y sus profundas convicciones morales. Cuando el joven comprobó que aquel último aprobado no estaba equivocado, la noticia corrió como un reguero de pólvora por los teléfonos de sus amigos, y la noche del viernes se convirtió en una fiesta soberana. Aún así, el recién licenciado estaba contento y a la vez algo molesto consigo mismo, debido a las circunstancias que habían rodeado a la concesión de esa última nota, por lo que se marchó el primero de su propia celebración.

Cansado y con la cabeza algo embotada por el alcohol, Alain enfiló la extensa avenida al final de la cual se encontraba su casa, pensando en ese examen que le había tenido preso durante los dos últimos años. El profesor Iván del Horno era un psicólogo esquizofrénico que no admitía más expresión personal en un examen que la que él mismo dictaminaba. El tema de su evaluación era siempre el mismo: La casualidad. Todos los alumnos aprobaban con buena nota en la primera convocatoria, pero Alain resultó ser un alumno testarudo. Demasiado testarudo, de hecho, por lo que no estuvo de acuerdo en redactar su examen de acuerdo con los parámetros que esgrimía su profesor para llegar a la conclusión de que la casualidad formaba parte intrínseca de la vida, y como tal era aleatoria e inesperada. Pues, para Alain, la casualidad no existía. Todo lo que sucedía tenía un fin concreto, y estaba predestinado en la medida en que todo, cada acto, cada situación, eran una reacción a los actos y situaciones previos como si el mundo fuese un gigantesco ejemplo eterno de algo similar a la Tercera Ley de Newton. Causalidad, en ningún caso casualidad. Así lo había expresado durante las cinco convocatorias que había consumido debido al examen del profesor del Horno, que no había dudado en suspender sistemáticamente a su alumno, a pesar de los intentos de éste de explicar su punto de vista.

Finalmente, en la última convocatoria, Alain se había visto obligado a ceder. A pesar de haberlo hecho, creyó que su profesor no iba a aprobarle, por el simple hecho de haber mantenido ese pulso con él durante tanto tiempo, pero había expresado todo tal y como lo deseaba su profesor, y este le había aprobado. Alain se marchó a celebrarlo con sus amigos, pero en el fondo estaba asqueado de haber tenido que renunciar

a sus creencias para poder terminar la última asignatura y poder licenciarse. Era algo injusto e indigno, y coaccionaba la libertad de expresión y el libre pensamiento.

Sin pensar en lo que hacía, cerró los ojos y gritó a los cuatro vientos:

-¡La casualidad no existe!

No se dio cuenta de que se había parado a gritar en medio de un paso de peatones, ni se percató del automóvil que se dirigía hacia él hasta que los faros le deslumbraron y le dejaron clavado en el sitio, como un conejo cegado por una linterna.

II

Román Alicea miró sorprendido al joven que se paraba en el centro del paso de cebra y se liaba a dar voces sin darse cuenta de que su coche se le echaba encima. Había reducido la velocidad, pero no para frenar del todo, pues calculó que el joven seguiría andando y tendría tiempo sobrado de cruzar del todo antes de que llegase a su altura. Pero no. Le intentó alertar mediante un destello con las luces largas, pero lo único que consiguió fue dejar perplejo e inmóvil al muchacho, y Román se puso nervioso. Confundió el pedal del freno con el acelerador, algo que no le había sucedido jamás antes de aquel momento, y de ese modo se vio obligado a desviar la trayectoria de su vehículo para no atropellarle. La maniobra le hizo perder el agarre, y al girar para tomar la curva más cerrada de lo normal, el coche derrapó de la parte trasera; Román se encontró dando volantazos a derecha e izquierda para intentar evitar que el coche perdiera totalmente el equilibrio. Siempre había pensado que, en una situación así, sabría controlar sus acciones, movería el volante con suavidad, y usaría el freno con sabiduría hasta controlar el vehículo sin sufrir un accidente. Sin embargo, llegado el momento, sus brazos respondían exageradamente a los impulsos nerviosos que su cerebro le enviaba y, de este modo, el coche descubrió un arco en forma de U y enfiló por la siguiente bocacalle hasta saltar el bordillo y volcar, invadiendo el minúsculo jardín de uno de los adosados que conformaban la calle dando vueltas de campana, y estrellándose contra la planta baja de un pequeño chalet color salmón, con un estrépito que despertó a todos los vecinos de la calle. El morro del vehículo reventó la pared, y el coche se introdujo hasta sus puertas traseras en el salón de la casa para, seguidamente, echarse a arder y alzar al cielo una llamarada dantesca, que para cualquiera que se hubiese encontrado allí al poco olería a carne quemada.

III

Alain se recobró del deslumbramiento justo cuando el coche pasó por su derecha con el motor rugiendo como un animal. Se había librado del

atropello por los pelos. Le dio tiempo a ver la cara de esfuerzo que tenía el conductor mientras intentaba que el coche no se le descontrolara, y de forma absurda se fijó también en la marca del automóvil. Observó como el coche perdía el control al derrapar, y describía una U más cerrada de lo recomendable, se introducía en la siguiente bocacalle, por la que Alain acababa de pasar hacía un minuto, y unos segundos después escuchó un estruendo tremendo; tras él vio un resplandor que produjo una humareda que se elevaba por encima del chalet al otro lado de la calle invadida que le impedía la visión del accidente.

Alain se puso tremendamente nervioso, y perdió el control de sí mismo. Pese a su carácter severo, algo le gritó en su mente que si alguien le veía allí le acusaría del accidente e iría a la cárcel, lo que vació sus esquemas morales en una corriente helada, vertiéndolos por su columna vertebral hasta el suelo. Con el estrépito del accidente, era casi seguro que el conductor hubiera muerto, por lo que no habría nadie que pudiera identificarle. No debía permanecer en el lugar. Con tristeza, pensó en la ironía que representaba el hecho de que por una simple asignatura él hubiese derrochado moralidad, y en la primera ocasión en que se le planteaba un dilema moral verdadero, decidiese huir. Pero aquello era un asunto muy serio, y Alain se dejó llevar por el pánico.

Andando lo más rápido que se atrevió sin echar a correr se dirigió, avenida adelante, hacia su casa. Las luces de los adosados de alrededor se comenzaron a encender y, en un par de minutos, casi todo el vecindario había salido a la calle. Alain siguió andando sin volverse a mirar atrás. La atención de la gente se desviaba hacia el resplandor del cada vez más lejano incendio, y nadie se fijó en el joven que se alejaba hacia el final de la calle.

IV

Aitor Alcaraz tenía ochenta y un años, un sólo riñón por culpa de una mala infección de joven, un ataque de gota y un chalet color salmón. Se encontraba dormitando frente al televisor cuando el coche se estrelló contra su casa, y tuvo el tiempo justo al volver en sí por el estrépito de ver cómo desaparecía la pared de su salón, justo un instante antes de que el depósito se incendiara, y todo su salón se convirtiera en una antorcha encendida por culpa de unos muebles de mala calidad. El anciano sintió que la piel se le abrasaba y el pelo se le consumía. Se olvidó de su ataque de gota y se levanto para intentar huir de la pira en la que se estaba convirtiendo su morada, pero le costaba respirar y le dolía todo el cuerpo como si se le fueran deshacer todos los huesos, y el resto de su ser fuese a gotear hasta el suelo como si fuera un flan. De algún modo, consiguió llegar hasta la puerta de entrada, abrirla, y salir al jardín, donde se desplomó sin vida prendiendo las briznas de hierba a su alrededor.

V

Gloria Hullera se cayó de la cama al escuchar el accidente. Su chalet estaba justo enfrente del de Aitor, y había dejado la ventana abierta para que entrase el aire más fresco de la madrugada. A su lado, su marido se levantó con un grito, y también cayó de la cama. Durante el primer instante, Gloria sólo pudo pensar en su hijo pequeño, pero recordó enseguida que dormía en la otra parte de la casa. Suspiró aliviada, y entonces se fijó en el resplandor de las llamas, reflejadas en la puerta de espejo del armario de la habitación.

-Carlos, ve a ver si el niño está bien, seguramente se habrá despertado.

-¿Ha sido en casa de Aitor? -preguntó su marido.

-Creo que sí. Mierda.

Gloria conocía a Aitor porque su hijo, que había tenido un problema vascular en el cerebro cuando apenas contaba unos meses de vida, fue operado por el hijo del anciano, el doctor Jaime Alcaraz, neurocirujano en el hospital clínico de la ciudad. José Antonio, el bebé, había sobrevivido milagrosamente pese a los augurios pesimistas, y no le habían quedado apenas secuelas del derrame, por lo que Gloria le estaría eternamente agradecida al médico.

Resultó que Aitor Alcaraz se mudó a la casa de enfrente apenas un mes más tarde de aquella operación, tras la muerte de su esposa, y tan sólo dos meses después, un coche se había estrellado contra el chalet. Gloria, que acababa de asomarse a la ventana, pudo ver al padre del doctor salir al jardín envuelto en llamas, y desplomarse muerto en la hierba a tan sólo unos pocos metros de distancia de donde ella se encontraba, al otro lado de la calle.

Se retiró de la ventana como si hubiese visto un monstruo, le sobrevino una arcada y vomitó en el suelo, manchando la pared, y comenzó a llorar de forma incontrolada. Como pudo, se dirigió a la cocina, sollozando nerviosa. Abrió un cajón que había en el mueble junto a la nevera, y sacó la agenda, donde tenía apuntado el teléfono del hospital, con la mano temblorosa. Se dirigió al teléfono, y marcó dos veces con la vista llorosa sin éxito, hasta que a la tercera consiguió que le contestaran.

VI

Menos de diez minutos después de que Alain Comas se parara a gritar en el paso de cebra del principio de la avenida, Jaime Alcaraz recibía la noticia de la dramática muerte de su padre. Ha de suceder algo tremendo para que un neurocirujano abandone una operación, máxime cuando es

una urgencia de madrugada, por lo que cuando Jaime salió del quirófano apenas un minuto antes de comenzar la intervención, con el paciente ya anestesiado y todo esterilizado, sabía muy en su interior la noticia que iba a recibir. Intentó sobreponerse, y decidió realizar la operación, anteponiendo la profesionalidad al dolor que pugnaba por emerger en su superficie. Pero no se lo permitieron.

-Le dije que no me gustaba aquel chalet... -pensaba el doctor, mientras se cambiaba para salir disparado al lugar de la catástrofe.

En circunstancias normales, la operación se hubiese pospuesto, pero debido a la extrema urgencia, en aquella ocasión, se le permitió hacerlo al cirujano de guardia, Iker Irrautxaga, que no tenía ni por asomo la experiencia de Jaime Alcaraz. No importó demasiado.

El paciente era Ángel de Albertis, un hombre de cuarenta y cuatro años, que sufría de jaquecas y al que se le había detectado un pequeño tumor que le comprimía una pequeña pero vital parte del cerebro. Debía ser intervenido de urgencia, pero el hombre había decidido esperar hasta ver la evolución del cáncer. Esa misma noche, una arteria reventó cerca del tumor, y hubo que operarle a vida o muerte. Iker Irrautxaga no tenía apenas experiencia, y hubo que llamar a Jaime Alcaraz para que se hiciese cargo de la operación.

Ángel de Albertis murió en la mesa de operaciones antes incluso de comenzar la intervención. El hospital fue acusado de negligencia y tanto Jaime Alcaraz como Iker Irrautxaga fueron expedientados, aunque nadie en el fondo creía que tuviesen ninguna culpa en el desenlace de la vida del paciente fallecido. Para colmo, Jaime Alcaraz se suicidó en su domicilio antes de comenzar el juicio. Nadie pudo explicar cómo se había llegado a aquella situación, pero los periódicos tuvieron carnaza para ensañarse durante casi un mes con el hospital, y con la persona de Jaime Alcaraz.

VII

Nadia de Albertis estaba en la habitación con su marido cuando comenzaron las convulsiones. Un médico se le había acercado para comunicarle que debía dar su autorización para que operaran a su marido a vida o muerte, y ella accedió. Permanecía con los nervios a flor de piel en una sala de espera contigua a la puerta de entrada a los quirófanos, cuando observó un gran revuelo de médicos que entraban y salían de allí. Intentó enterarse de lo que pasaba, pero nadie pudo darle información hasta que, más de diez minutos después, una doctora muy guapa se le acercó y le habló con el acento eficiente y neutral de todos los médicos cuando tienen que dar una mala noticia

-¿Señora de Albertis?

-Sí...

-Lo sentimos... Hemos hecho todo lo posible. Su marido...

No pudo continuar. Nadia se echó a llorar desconsoladamente, y su informadora se permitió dejar que la mujer se fundiera con ella en un abrazo y sollozara durante varios minutos sin consuelo.

VIII

Fabián de Albertis conducía de vuelta de un viaje de negocios hasta el hospital donde se encontraba ingresado su padre. Acababa de ver un accidente espectacular en uno de los adosados de una bocacalle de la avenida en que se encontraba, minutos antes, y todavía tenía el rictus de sorpresa cuando le sobresaltó el teléfono. Al contestar, le costó entender a la persona que hablaba al otro lado, en parte por la estática, y en parte porque la otra persona estaba llorando. Pero enseguida reconoció la voz de su madre y supo lo que había pasado. Consiguió entender lo justo para que el alma se le partiera en el pecho, y durante unos breves instantes, se volvió loco, porque adoraba a su padre. Pensó en arrojarse contra una farola, pero cuando ya estaba encima de ella pensó en su madre, y sólo tuvo tiempo de soltar el aliento y girar totalmente el volante antes de perder el control. La farola arrancó el espejo retrovisor del lado del acompañante y golpeó al automóvil haciéndole girar hacia la izquierda, desplazándolo hasta unos contenedores de basura situados en el otro lado de la calzada.

IX

Treinta y tres minutos después del susto que se había llevado en el paso de peatones, Alain llegaba hasta la entrada de su casa, al final de la avenida en cuyo extremo todavía se podían apreciar los destellos de luz provocados por el fuego, las sirenas de bomberos, las de la ambulancia y las de la policía que habían acudido al lugar del accidente que él había provocado. Se sentía culpable, pero también suspiraba aliviado pensando en que se había librado de un lío muy gordo. Si alguien lo hubiera visto, acabaría en la cárcel. Se agachó simulando atarse los cordones de los zapatos cuando escuchó un coche acercarse por detrás, esperando que no fuera la policía y que no se fijaran en él.

De pronto le iluminó un destello. Se levantó, y desde detrás de los contenedores tras los que se había parado, un automóvil se le vino encima, llevándose por delante los dos cubos de basura y levantándole por los aires para dejarle malherido a escasos dos metros de la puerta de

su casa.

Antes de morir, Alain sólo tuvo tiempo de discernir dos pensamientos de entre la maraña informe en que se había convertido su masa encefálica. El primero fue: Vaya, este automóvil es de la misma marca que el anterior. Y antes de sumirse en la oscuridad, pensó: Es curioso, después de todo, al final el profesor del Horno tenía razón; si no me hubiera detenido para esconderme pensando que era un coche de policía, no me hubiese atropellado: La casualidad existe.

X

El profesor Claudio del Horno despertó envuelto en sudor frío de una pesadilla tremendamente vívida. Acababa de tener el sueño más real de toda su existencia. Dos días después, llevó un ramo de flores a la tumba de Alain Comas, y mientras lo depositaba con delicadeza en la lápida musitó, para sí mismo y por si acaso se le escuchaba:

-Amigo mío, al final tú tenías razón. La casualidad no existe. Perdóname.

Y se marchó, decidiendo el nuevo tema de examen que preguntaría a partir de entonces a los alumnos de su asignatura.

FIN

Capítulo 3

LA PISCINA

1

Creo que deberíamos dejarlo. Fin del asunto. Así de sencillo. Y después, la típica sarta de tópicos: *Seremos amigos, yo estaré aquí para lo que necesites...*

Demasiadas palabras vacías, que fueron para él como un directo a la mandíbula, enviándole sin remisión a la lona del primer estadio de la ruptura. Se encontró a sí mismo, una semana después de aquello, vagando por la calle sin rumbo fijo aparente, pero acercándose de nuevo con sorprendente peligrosidad al portal en que ella vivía. Y le golpeó de pronto la idea de que ya no volvería a llamar a aquél timbre, ni a entrar en aquella casa. Ya no volvería a sentir su calor.

Desde entonces lo sabía, pero no quería aceptarlo. Era tan difícil, tan difícil...

—¡Eh, Daniel!

Volvió a la realidad casi saltando sobre el asiento del coche, con el viento a cien kilómetros por hora azotándole en la cara y removiéndole el cabello, al entrar por la ventanilla abierta. Y, pese a ello, se había perdido de nuevo en sus divagaciones. Por suerte, el coche lo conducía Diego y él sólo iba en el asiento del acompañante.

—¿Qué pasa? —contestó en un tono agresivo que le sorprendió hasta a él mismo.

—Que estás en Babia, tío.

Daniel se volvió hacia la parte de atrás del automóvil, sujetando con la mano derecha el cinturón de seguridad para que no se le clavara en el hombro. Allí estaba Sergio, su mejor amigo, que era quien le había sacado de su *mundo interior* (no le gustaba aquella expresión, pero tenía que reconocer que se ajustaba bastante a su realidad actual), y también Victoria, la novia de Diego, que echaba un vistazo por la ventanilla trasera derecha contemplando cómo pasaban a toda velocidad (aunque la

perspectiva distorsionara la sensación y pareciese que iban más despacio) los distintos chalet, individuales y adosados, que salpicaban el paisaje a ambos lados de la carretera.

—Sí, ¿y qué quieres que le haga? —contestó Daniel, con el mismo sorprendente mal tono, a su amigo.

—Venga, tranquilo, hombre —atajó Diego al tiempo que le daba unos golpecitos disuasorios en el brazo, sin dejar de mirar la carretera, tras comprobar que Sergio se quedaba callado tras la inconveniente respuesta—. Hemos venido a pasarlo bien, a relajarnos, y eso es lo que vamos a hacer. De todos modos, si hablamos no escucharemos la música —sentenció, sin saber muy bien para quién.

2

Creo que deberíamos dejarlo.

Ya había pasado más de un mes, y no sabía nada de Belén. Parece mentira lo rápido que se puede pasar de considerar a alguien como parte de ti mismo, a tratarle como a un desconocido. Ella dijo que volvería a llamarle al volver de las vacaciones que se iba a tomar con su amiga Miriam, para hablar un poco y no hacer la ruptura tan traumática. *Seremos amigos.* Pero no llamó. Peor aún; cuando la llamó él, a medio camino entre la preocupación y la esperanza, le trató con frialdad, como a un extraño. Después de eso, nada.

Había sentido, por orden, mucho dolor, un monstruo frío con uñas de hielo que le desgarraba las entrañas desde dentro; después furia, impotencia y, al final, cansancio. Cansancio, y un vacío abismal. Entonces, tras todo el tiempo dedicado a su relación y aislado de sus amigos de siempre, aquellos con los que comenzó a salir cuando despuntaba su efervescente adolescencia, se volvió a encontrar con Nerea, su primer amor, y los trenes volvieron a chocar.

3

Diego puso el intermitente para girar a la derecha, y redujo la velocidad. Un par de kamikazes les adelantaron antes de llegar a tomar el desvío, a más de ciento treinta en una carretera limitada a noventa. Se escucharon uno o dos acordes de un reguetón antes de que los dos coches se perdiesen de vista en la siguiente curva.

Un ramal estrecho muy mal asfaltado partía directamente de la carretera principal y cruzaba la vía del tren, que en ese tramo corría paralela a la pista de asfalto. El ramal bajaba luego en dirección al río que discurría tranquilo al fondo del paisaje. Era poco más que un camino de tierra, con pequeñas piedrecitas sueltas por doquier, y mucho polvo, que el coche al pasar elevaba en una nube que parecía casi sólida en el cálido aire de Agosto. Subieron las ventanillas, en parte debido al polvo y en parte a que, al no llevar ya velocidad suficiente en su avance, el calor se introducía en el vehículo como una lengua de fuego. Alrededor de cuarenta o cincuenta metros después de tomar el desvío, Diego maniobró una curva cerrada a la derecha, y otros cincuenta o sesenta metros más adelante, dentro ya del conjunto de adosados en el que estaba su destino, giró ahora a la izquierda, de forma menos pronunciada.

Ya se veía el río, entre las casas bajas y los árboles que las rodeaban. Los últimos treinta metros se hacían casi directos hacia él, tomando una última curva a la izquierda que dejaba a la vista el chalet de los padres de Victoria, ocupando la esquina sudeste de todo el complejo de adosados. Final de trayecto. Diego se aproximó a la sombra de los escasos árboles que salpicaban esa parte del camino para aparcar el coche, en la mayor superficie de sombra oblicua que pudo encontrar, que resultó estar en la puerta del chalet inmediato al de los padres de Victoria. Este era propiedad de una pareja de ancianos de esos que cuando oyen algún ruido, no pueden pasar sin asomarse a ver quién llega; de esos que dejan de hablar tan sólo para enterarse de la conversación que tienen sus vecinos al otro lado de la valla. De esos que nadie gusta de tener como vecinos.

—¡Llegamos! —exclamó Sergio alborozado, recuperado ya al parecer de las desabridas contestaciones de su amigo.

Daniel volvió a salir del ensimismamiento en el que había vuelto a recaer, esta vez sin sobresaltos, suspiró y se desabrochó el cinturón de seguridad. Los otros tres ya se dirigían a la entrada del chalet, cargados con bolsas y bultos, haciéndole señas para que se apresurase. Cerró la puerta del coche y se puso a caminar en pos de ellos, al tiempo que le venía a la memoria la primera vez que había visitado aquel lugar, hacía ya unos cuantos años.

El conjunto de casas se hallaba situado formando un cuadrado; la carretera quedaba al norte y el río al sur. En este último se oían ruidos, aunque lejanos. Daniel se volvió, y vio en la otra orilla, algo por encima de la línea donde se encontraban los adosados, a una familia que se bañaba riendo como si no existiera nada ni nadie más en el mundo que ellos en aquella margen del río en aquella calurosa tarde. El joven no lo entendía, puesto que cualquiera podía ver que en numerosos tramos la suciedad vertida por los seres humanos hacía que el agua más bien pareciera un gran monstruo líquido que un lugar donde una familia pudiese pasar

fresquita la tarde del domingo.

Claro que Daniel no sabía nadar, y eso debía de influir para ver el río más sucio de lo que realmente estaba. Eso, y su maldita actitud actual de pesimismo.

Con un movimiento de cabeza, se dio la vuelta de nuevo y miró hacia el chalet. Diego ya abría el cerrojo de la verja de entrada y se disponía a entrar. Sergio le hizo un gesto más para que se acercase y no se quedase atrás, solo y dándole vueltas a la cabeza.

—Voy —replicó él al gesto. Pero se quedó mirando el chalet desde fuera.

La planta baja no se veía bien debido a los arbolitos, pero se intuía entre ellos. Una cortina de pequeños cilindros multicolores de plástico daba acceso a la puerta doble de hierro pintada de negro. Era de esas que tienen las hojas desiguales, una más grande y otra más pequeña, y grandes cristales translúcidos protegidos por barrotes, como los de una cárcel. En esa planta, nada más entrar, Daniel sabía que el espacio lo dominaba un gran salón. En la pared opuesta, frente a la puerta y al desgastado sofá marrón oscuro que dividía la habitación, se encontraba la chimenea, siempre con viejas cenizas en su interior.

En la mitad más cercana del salón se situaba la gran mesa de madera de roble pulida y brillante, con un par de bancos de la misma madera, uno a cada lado, con capacidad holgada para seis u ocho comensales.

El resto de la planta baja se dividía a su vez en dos por un pasillo minúsculo, más bien un pequeño rectángulo que llegaba hasta el baño, compuesto todo él por baldosas superpuestas en distintos tonos de verde, de más intenso a más desvaído. El conjunto lo completaba una habitación con dos camas al lado del baño y la cocina a la derecha.

La planta superior era para Daniel un territorio más inexplorado, pues tan sólo había estado allí una vez. Se accedía a ella por unas escaleras de piedra situadas en la pared este, y se entraba por una puerta semejante a la de la planta baja (hasta en la cortina), que daba a un pasillo en el que se repartían cuatro habitaciones, un baño y un pequeño comedor, en el que estaba la puerta que daba acceso, a su vez, a la terraza.

La casa lindaba al norte y al oeste con otras dos construcciones; la del norte estaba parcialmente separada por una pequeña valla metálica en la parte alta, aunque en las contadas ocasiones en que Daniel había estado allí no había visto nunca ningún vecino. De la misma altura (quizá cinco o diez centímetros más), pero en este caso de piedra, era la separación con

el otro chalet, el de la pareja de ancianos fisgones.

Entre las escaleras que llevaban al primer piso y el muro que señalaba el límite de la propiedad por el este había una puerta, que daba a un pequeño cobertizo que tenía una plancha con aspecto endeble por techo en el que se guardaba la leña, una manguera, un montón de aperos de limpieza, una bicicleta oxidada y por el que se accedía (mediante otra puerta cerrada), bajando tres peldaños, al motor que daba vida al objeto de la presencia de ellos cuatro en el chalet aquella tarde: La piscina.

—¡Mierda, joder!

El grito de Diego volvió a Daniel por tercera vez en la última media hora a la realidad, y miró sorprendido hacia la entrada del chalet. Sólo Diego había entrado, y ahora se oían unos extraños bufidos y gorjeos apagados. Victoria, justo en la entrada, abrió los ojos al principio extrañada y después alarmada, y se llevó las manos a la boca. Sergio, detrás de ella, dio un paso atrás, con la cara tensa y sorprendida. Parecía a punto de soltar su mochila y la gran radio que portaba y echar a correr. Y, por primera vez desde hacía aproximadamente un mes, eso fue lo que Daniel hizo, aunque hacia ellos.

4

En el lugar en el que la pareja de ancianos metomentodo tenía un pequeño jardín de rosas y jazmines, en el chalet de los padres de Victoria se situaba la piscina. De unas dimensiones de diez metros de largo por cinco de ancho, se veía tan grande como para magnificar y a la vez dominar el edificio en el que se situaba. El interior estaba pintado de color azul claro, y los bordes eran grandes losas de argamasa salpicadas con piedra desmenuzada de distintas dimensiones. Y en esa misma piscina estaba posado el enorme pato que atacó a Diego.

Se le quedó mirando desde que entró, como si aquello fuese su casa y los intrusos fueran ellos. Diego iba a decir (no a gritar, porque no quería espantarlo) *mirad, un pato gigante*, pero en ese momento el ave se puso a aletear en el agua, tomando impulso con el cuerpo y las patas para elevarse. La primera reacción de Diego fue pensar *vaya, ya lo espanté*, pero al ver que el animal no izaba más el vuelo, sino que se lanzaba contra él, no pudo sino soltar un gruñido de sorpresa, soltar las bolsas que llevaba y taparse la cara con las manos. Al instante se vio rodeado de alas en ebullición, y para colmo el pato parecía tener diez picos en vez de uno.

Semejante actitud no es propia de un pato, pensó Diego en ese

momento.

Le enganchó primero la muñeca (el pico al cerrarse sonaba *iclap, clap!*). A partir de ahí, ya no vio a Sergio echarse hacia atrás ni a Victoria llevarse las manos a la boca para intentar en vano sofocar un grito, que tampoco oyó.

—¡Lárgate, bicho! —exclamó, agitando el brazo que le había enganchado el ave, que se soltó, pero no se fue. Parecía tener dientes, el maldito animal.

iFlap, flap!

Las alas seguían envolviéndole la cara, fustigándole.

iClap, clap!

El pico seguía lanzándose a por él de forma indiscriminada. Con el brazo derecho todavía protegiéndose el rostro, Diego lanzó el brazo izquierdo (cuya muñeca tenía una marca roja con pequeñas gotas de sangre alrededor del escafoides) con el puño cerrado, alcanzando al pato en la panza. Le produjo un pinchazo fuerte en la muñeca, pero al menos hizo retroceder al animal.

Puede volverse contra Victoria, logró pensar en el segundo de libertad que tuvo; tengo que sacar a este vampiro con pico de aquí.

—¡Diego!

Era la voz de Daniel. Pero el pato fue otra vez a por él, y entre los aleteos de la pequeña bestia no consiguió sino mascullar un *¿qué?*

—¡Apártate de la puerta de la piscina!

—¿Para (*iflap, clap!*)... qué coño (*iclap, flap, clap!*)...?

—¡Hazlo!

¿Hazlo? ¡Ja, que sencillo! Por favor, señor pato loco, ¿me haría el favor de acompañarme hasta las escaleras? ¿No? Vaya por Dios...

Diego se estaba enfadando de verdad. El pico le rozó una oreja y él se cansó de defenderse. Estiró los brazos y atrapó a la vez el ala izquierda con su mano derecha y la pata derecha con su mano izquierda (todavía un poco dolorida del picotazo, pero casi sin sangrar). Se quedó con ganas de estirar, a ver cuánto se podía dar de sí un pato, pero lo que hizo inconscientemente fue lo que Daniel le había dicho, es decir, se apartó con el ave hacia las escaleras. Sólo un par de metros. El asqueroso animal

parecía mirarlo fijamente, y no dejaba de lanzar acometidas estirando el cuello como un energúmeno.

Esos ojos, pensó Diego.

Le volvió a picar, ahora en el antebrazo derecho (*iclap!*) y Diego, sin querer, lo soltó.

iFlap, flap!

Se vio envuelto, otra vez, por el batir de alas y los picotazos al aire. Daniel entró en la zona de la piscina en cuanto Diego se apartó de la puerta, y se fue corriendo a por la red, que estaba apoyada contra el muro este. Era un palo de metal de unos dos metros de largo (*así no me tendré que acercar demasiado, pensó Daniel*), y en el extremo tenía una red para recoger las hojas del agua (y las moscas, y las abejas, que tenían la insana costumbre de aparecer ahogadas en la superficie de la piscina).

Salió con el palo colocado cual si fuese la lanza del Quijote, plantado en la cadera izquierda, y lo orientó hacia el maremagno de plumas, brazos y picos (parecían diez picos, de veras lo parecían, *iclap, clap!*). Pero no era tarea fácil cazar al *animalito* con el movimiento que había. La primera vez golpeó con el borde de sujeción de la red, a un tiempo, al pato y a Diego, y se escuchó una extraña mezcla de *icruac!* y de *iay!* que en otras circunstancias hubiera resultado graciosa.

Más, al momento, el ave volvió a atacar, con inusitada insistencia.

iFlap, clap; clap, flap!

De nuevo, Diego se sorprendió mirando fijamente a los ojos del pato: *Esos ojos...* Entonces, la red envolvió por fin a su atacante, y se olvidó enseguida de ello.

5

Pese a estar cazado, el condenado pato no dejaba de moverse, lo que era un problema dado su gran tamaño. Intentaba abrir las alas y movía la cabeza de lado a lado, soltando nuevos picotazos (*iclap, clap!*), ahora inofensivos, pero con una malicia impropia de un animal irracional. Se oyó otro *icruac!*, más bien furibundo por la situación, y después Daniel, con un movimiento semicircular, estrelló red y pato contra el muro este del chalet.

Se oyó un golpe sordo y fuerte, amortiguado por la red, y se escuchó un tercer *icuaac!*, esta vez indudablemente de dolor.

Todo quedó inmóvil. Dos o tres segundos después, Victoria pasó por la espalda de Daniel como un relámpago y se abrazó a Diego todo lo fuerte que le permitía el agarrotamiento que le había producido la tensión de esa absurda situación. Sergio, por su parte, entró despacio, como si le costara mucho andar, y así llegó hasta donde estaba Diego.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja.

Sergio era diabético, y tenía la piel blanca como un fantasma; parecía a punto de desmayarse allí en medio.

—Sí, creo, más o menos... ¡Ay! —gritó Diego cuando Victoria le tocó la herida de la muñeca—. Tú tranquilo, que parece que te vas a caer redondo.

—No me extrañaría —respondió Sergio, dirigiéndose hacia las escaleras de entrada de la casa para sentarse un poco.

Se volvió a escuchar un *¡ay!* de Diego, y el pato comenzó a moverse de nuevo como si le hubiera oído. Daniel cogió la red por el extremo del palo metálico, como si pudiera transmitirle alguna enfermedad contagiosa, y la sacó por encima del muro al exterior. Le dio la vuelta a la red sacudiendo el palo y el ave cayó al suelo con un *ichof!* entre las hojas de los árboles, que en aquel lugar parecían estar perpetuamente caídas en el suelo, como una alfombra de compost vegetal.

Con el palo en ristre, Daniel asomó la cabeza por encima del muro del chalet, y allí estaba el gran pato, como un borracho tras la penúltima copa, luchando por mantenerse en pie sin desplomarse al dar el siguiente paso. Avanzó una pata, luego la otra, y extendió las alas. Daniel trazó un arco con el palo sin querer, retrocediendo a la defensiva, y los otros tres tuvieron que agacharse para esquivarlo. A Victoria le pasó tan cerca, que la bolsa de la red le acarició la mejilla como una brisa suave y húmeda, salpicándola.

—¡Eh, cuidado! —dijeron los tres casi al unísono. Uno de los altavoces de la mini—cadena que llevaba Sergio dio contra uno de los escalones de piedra, como un gong chino hueco o la campana que anunciaba el siguiente asalto.

El pato apareció en el límite del muro batiendo desesperado las alas. Daniel lo vio atontado y se relajó, pero Diego se puso tenso y de nuevo se llevó las manos al rostro para protegerse del

ataque, me va a atacar ya viene me va a atacar ahí viene...

El animal serpenteó entre dos árboles, ganó altura y se alejó bamboleándose hacia la orilla del río. Diego se volvió a relajar poco a poco, y Daniel dejó otra vez la red salvadora en su sitio al lado de la piscina, advirtiéndole que tenía salpicaduras rojas.

Se sentía extraño, sin saber porqué. Miró a la parte del muro en la que había estrellado al *pato kamikaze*, y vio también un par de manchas escarlatas.

Qué raro, pensó para sí mismo. Cuando se ha levantado, no parecía que sangrase.

Desechó el pensamiento con un movimiento de cabeza y volvió a sus asuntos, que en ese momento se reducían al estado de salud de Diego, pensando que se estaba volviendo paranoico de verdad. En ningún momento se acordó de la familia que se bañaba en la otra margen del río; cuando su inconsciente captó gritos al poco rato, los archivó como los de una familia que disfrutaba de un buen baño en una calurosa tarde de domingo.

—Sólo son contusiones, no te sangra más que un poco aquí, en este lado de la muñeca, pero es muy poco; aunque sigo pensando que deberías ir al médico a ponerte la vacuna antitetánica —le decía Victoria a su novio.

—Venga ya, Vic. Miremos si hay por aquí algo para desinfectarme y olvidemos al jodido pato de una vez. ¡Si ya ni siquiera me duele!

—Pero...

—Nada, Victoria, nada. Un poco de alcohol y como nuevo.

Se levantó y se dirigió hacía la puerta de la planta baja, intentando que su novia no viese la mueca de dolor que puso al apoyar la mano al levantarse. Victoria fue en pos de él, luego Sergio, y cerrando el grupo Daniel, frotándose las manos para secar el sudor frío que sentía.

—¿Ponemos algo de música? —preguntó Sergio, dejando la gran radio que habían llevado en el alféizar de la ventana contigua a la puerta.

—Sergio, por favor, no es el momento —le recriminó Daniel, con las palmas de las manos abiertas hacia él.

Últimamente, se mostraba sensible en momentos de lo más inapropiados. Al fin y al cabo, lo sucedido no pasaba de una anécdota, y la música podría contribuir a olvidar el incidente cuanto antes.

—Vale, vale, sólo lo decía por animarnos un poco —concedió, mostrándose ligeramente avergonzado.

Entraron en el salón, atravesando la cortina con un tintineo, y un momento antes de hacerlo, Daniel miró al chalet de al lado. En la ventana más próxima, la redondeada cara de la anciana se pegaba al cristal en un ángulo como una pegatina a la luna de un coche. Al verle mirar se apartó enseguida y dejó caer la cortina de flores (como no) sobre la ventana.

Con un suspiro y una sonrisa torcida (pequeña, pequeña), Daniel entró también en el chalet.

6

Sergio tenía ciertos conocimientos básicos de enfermería, y conservaba el estilo poniendo vendas, aunque ahora trabajara de dependiente en una tienda de informática. *Cosas del mercado*, decía él, resignado. Diego se miró y asintió, aprobador.

Victoria le había limpiado primero la muñeca izquierda con alcohol, lo que le generó un escozor mucho más intenso de lo que esperaba, haciéndole lagrimear, y ahora se pasaba al antebrazo derecho, que al final también había quedado lleno de rozaduras merced al ataque del pato gigante. Mientras tanto, Sergio le fue poniendo la venda en la muñeca izquierda. Cuando Victoria terminó con el otro antebrazo, un proceso para Diego mucho menos doloroso, se marchó a dejar el bote de desinfectante al baño, y Sergio emprendió la tarea de vendar el otro brazo, pero su amigo lo rechazó. Con un brazo vendado tenía suficiente.

—El cloro de la piscina va a escocer —le advirtió.

—No importa. Así se curará antes —respondió Diego.

—Bueno, pues entonces ya está —terminó Sergio.

El esparadrapo blanco con el que había sujetado parte de la venda a la piel de Diego se pegó como un naufrago a una tabla de madera, y este se preguntó si le quedaría algún pelo sano en esa zona cuando tuviese que quitárselo, por descontado con un buen tirón.

Tanta parafernalia para unos simples rasguños, pensó.

Daniel miraba por la ventana, silencioso; se volvió cuando oyó gruñir a Diego.

—¿Qué ocurre, ya habéis terminado?

—Sí. Es el puñetero esparadrapo. Lo más probable es que se quite en cuanto toque el agua, pero... —dijo, más para convencerse a sí mismo que de cara a los demás.

—¡No creas! —intervino Sergio—. ¡Es más probable que se te quiten todos los pelos del brazo cuando te lo arranques!

—¡Cállate! —le atajó Diego, dándole en pequeño empujón. Pero no pudo evitar un escalofrío.

Victoria volvió del baño con el bañador ya puesto, una prenda de una pieza, de un color azul brillante que contrastaba con lo lóbrego del ambiente del salón. Todas las cortinas estaban echadas para intentar evitar que el calor entrase en la casa. No lo conseguían, y no había aire acondicionado.

—Yo ya estoy lista —anunció.

Sergio llevaba el bañador puesto desde que salieron de sus respectivas casas. De color verde pistacho, con un bolsillo trasero que por alguna extraña razón siempre se le salía hacia fuera, dejando ver la redecilla blanca de forma bastante ridícula. Diego entró en el baño para cambiarse y, entretanto, Victoria le preguntó a Daniel:

—¿Vas a bañarte con nosotros, verdad?

—Pues... Es que no me apetece mucho. Si no te importa, me subiré arriba a leer un poco en la terraza.

Ella hizo un mohín apenas perceptible. Al fin y al cabo, la razón última para aquella excursión era levantarle el ánimo tras la ruptura. El hecho de que se aislase mientras el resto disfrutaba de la tarde de piscina, no respondía exactamente a esas expectativas. Con todo, señaló con el dedo un punto de la pared.

—Claro, como quieras. Las llaves están en esa repisa, al lado de la puerta de la cocina.

—Gracias.

—¿Seguro que no te quieres meter en el agua? —insistió Victoria.

—No, de veras. A lo mejor después —adujo Daniel, por cumplir.

—Como quieras.

Apareció Diego de nuevo, con un bañador listado, verde oscuro y azul marino algo más ajustado que el de Sergio. Sin bolsillo posterior.

—¿Y tú, qué? —le preguntó a Daniel, mientras Sergio y Victoria salían fuera ya, atravesando la cortinilla—. No me digas que no vas a entrar al agua con nosotros.

—A lo mejor luego me meto en el agua, ahora no me apetece —volvió a repetir él.

—Como quieras; pero no pienses demasiado, eso nunca es bueno.

—Sí, ya me voy haciendo una idea al respecto —replicó Daniel, esquivo, y se dio la vuelta para ir a coger las llaves de la repisa.

—Oye...

—¿Sí?

—Gracias. Por lo del pato —dijo Diego, cuyo carácter no era muy dado a expresar su agradecimiento de forma explícita.

—Quita. Si ni siquiera me acerqué a él. Me limité a encestarlo como a un vulgar balón de baloncesto —contestó Daniel, un poco azorado.

—Sí, pero ese cabrón me estaba comiendo vivo.

—Olvídalo. Ya se fue.

—Eso espero —repuso Diego, y con un gesto de la mano vendada, salió también afuera.

Daniel recogió al fin las llaves y también salió. Los otros tres ya estaban al borde de la piscina. Sergio y Victoria, en lados opuestos, estaban colocando una cuerda a modo de red atravesando la piscina por la mitad, para jugar al voleibol. Quedaba algo torcida, pero eso no importaba. Diego sacó de su mochila un balón de plástico azul y se lo lanzó a Sergio de lado a lado de la piscina.

—Venga, Daniel —volvió a insistir ahora Sergio.

—No, luego. Victoria, ¿cuál es la llave de arriba?

—La que está pintada de color violeta.

Subió las escaleras mirando el llavero. Había cinco llaves, tres de metal plateado, una azul y la violeta. Llegó arriba, cogió esa última llave y abrió la puerta. Dejó abierto y bajó a dejar las llaves en su sitio. La cuerda ya estaba tensa, y los tres amigos se miraban unos a otros a ver quien se decidía a entrar primero: Daniel dejó las llaves fuera, en el alféizar de la ventana, al lado de la radio y se dirigió de nuevo a las escaleras. Sergio tocó el agua con el pie y lo sacó enseguida, encogiéndose. Se formaron algunos círculos concéntricos en la superficie del agua, que se extendieron hasta el centro de la piscina.

— ¡Aaaaah, que fríaaaaa! —gritó, con evidente exageración.

—Gallina —le dijo Daniel al pasar, volviendo a subir las escaleras.

—¡Qué gracioso! —le reprochó el otro—. ¡Métete tú, listo!

—El agua parece estar un poco turbia hoy —intervino Diego, mientras Daniel llegaba a lo alto de las escaleras.

—Puede ser por el cloro, mi padre me comentó que había cambiado esta mañana las pastillas, al venir a limpiar —dijo Victoria. Su voz sonó amortiguada cuando Daniel entró en el piso de arriba, pero oyó a Diego decir:

—¡Qué coño! Si no saltamos no vamos a entrar nunca.

Se oyó un chapuzón en el agua. Diego se había zambullido.

—¡Aaaaah, que puñeteramente fría está! —gritó nada más salir a la superficie.

—¡Te lo dije! —respondió Sergio.

Daniel sonrió (sólo un poquito), y se decidió a fisgonear un poco en el piso de arriba.

Primero, a la derecha, aparecía una habitación que debía de haber sido concebida para ser un dormitorio, pero que había sido reconvertida en trastero. Se oyeron dos golpes húmedos más y Daniel supo que tanto Sergio como Victoria se habían zambullido en la piscina.

Desde el fondo del pasillo se oyeron dos gritos amortiguados al unísono de *iaaaaah, que fría!*, y Daniel volvió a sonreír un poco, de forma mecánica.

En la puerta siguiente, a la derecha, se encontraba el baño más grande del chalet. Y tanto de frente como a la izquierda había sendas habitaciones bastante desordenadas, a las que no prestó demasiada atención. Se volvió hacia el saloncito que daba a la terraza.

—¡Joder, que rematadamente fría!

—¡Ay, la leche, está congelada!

—¡Esto parece Alaska, ostia!

Le llegaban ahora más claramente los gritos de los otros tres y el sonido del chapoteo en el agua; realmente tenía que estar muy fría, si todos se quejaban de aquella forma tan desmedida. No lo habían hecho en las contadas ocasiones en que habían ido al chalet antes de esa tarde.

Daniel se encogió de hombros. En el fondo, le daba igual.

Belén no llegó a venir conmigo aquí. En cambio, Nerea...

Cogió del armario de madera marrón, muy deslucida, un libro al azar (*Aliento de niebla*, leyó en el lomo), y con una de las sillas que rodeaban la mesa de la habitación en la mano, salió a la terraza.

Se sentó en la silla, en el trozo de sombra que proporcionaba el verde toldo de lona extendido, y antes de abrir el libro, miró a la casa de al lado.

El anciano se hallaba manipulando una rosa de un extraño color verdoso con mucho mimo y cuidado. Diego le había comentado alguna vez que era un gran aficionado a sus flores, rayando en la dedicación absoluta, pero Daniel creyó que más bien era una excusa para observar lo que pasaba en la casa vecina.

Volvió al libro, lo abrió y pensó:

Bueno, ya no están gritando, sólo se oye el chapoteo del agua. Ya no debe estar tan fría como decían.

No se le pasó por la cabeza asomarse por la barandilla y mirar abajo. Se puso a leer. Un par de minutos después, el libro descansaba en su regazo y él se hallaba de nuevo perdido en sus pensamientos. No oyó nada hasta

que fue demasiado tarde.

7

Su vida había sido algo así como una etapa de media montaña del Tour de Francia hasta que apareció Nerea, con varias relaciones cortas e insignificantes, que no le dejaron poso alguno por dentro. Ella fue diferente. Muy diferente. Sólo estuvieron juntos tres meses, pero para Daniel representaban lo mejor de su vida hasta ese momento. Luego, tras la dolorosa ruptura, pasó un par de años aferrado a su imagen, sin convencerse nunca por completo de que aquello había terminado. Tal vez fuese porque no se trató de una ruptura violenta. Casi deseaba, a veces, que los dos se hubiesen enfadado y uno hubiese mandado a la mierda al otro, pues así por lo menos sabría en concreto la razón por la que sucedió todo aquello.

Hizo todo lo posible por arreglarlo. En esos años le mandó rosas por su cumpleaños. Le mandó cartas, intentó hablar con ella...

Y más tarde conoció a Belén. Fue un auténtico e inesperado flechazo, igual que esas situaciones de las que siempre uno se ríe al verlas en las películas. Se quedó parado como un imbécil frente a ella sin habla al lado de la barra de un bar al que habían acudido cada uno con un grupo de amigos. Ella le miró y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa, recuperó el habla, y la invitó a salir, directamente y sin preámbulos. Ella accedió, y desde entonces fueron inseparables. Tras todo lo que había pasado con Nerea, sin embargo, un pequeño animalito que le roía los pensamientos desde atrás, silencioso pero pertinaz, le convenció de que lo que estaba viviendo era sólo algo ficticio, un artificio simulado por su experiencia previa buscando consuelo. Humo que se te escapa entre los dedos. Un círculo cerrado elaborado por su mente; la serpiente o la pescadilla que se muerde la cola...

Casi dos años y medio después, la historia volvía a repetirse. Y le corroía la idea de que aquellos pensamientos casi inconscientes que le alertaban antes de tiempo habían terminado por provocar justo aquello que decían intentar prever.

Creo que deberíamos dejarlo.

Hala, toma, a ver como te sientes con esto. Pues jodido, muy jodido. ¿Cómo carajo iba a estar? El único consuelo era que no había sido por otro (o al menos eso creía). Allí, al otro lado del cuadrilátero, estaba tan sólo su futura carrera. Y él no podía competir contra eso, sobre todo si ella no

se lo permitía.

Seremos amigos.

Pero se acabó. Pensó que iba a estar mucho más hundido. Y lo estaba, pero después de un mes sin tener noticias tuyas, tras toda la tormenta de emociones que le habían dejado hundido moral y casi físicamente, estaba sobre todo enfadado (con ella y consigo mismo), muy cansado y sobre todo vacío. Todo aquello en lo que creía se desmoronó dentro de él, y se esparció a su alrededor levantando una gran polvareda, arrasándolo todo como si nunca hubiera habido un mundo, como si todo fuera una gran mentira.

Y, para colmo, se encontró de nuevo con Nerea, que después de años escogió ese preciso momento para regresar a la ciudad tras cursar estudios en otro país. Tenía el pelo más corto, pero estaba más bella que antes, si es que eso era posible teniendo en cuenta que competía contra un edulcorado recuerdo del primer amor; por eso, aunque siempre había creído que el recuerdo maravilloso que tenía de ella estaba envuelto en papel de celofán de vivos colores y guardado a buen recaudo en el interior de su corazón, al verla de nuevo aparecer con su sonrisa radiante y su libertad apacible y cosmopolita, al hablar con ella, aunque fue una conversación fatua, estéril e impersonal, el celofán se había rasgado de golpe y la caja había estallado.

Los antiguos recuerdos y lo vivido en las últimas semanas habían sido para él como un choque de trenes, con los vagones (sus cimientos como persona) volcados a los lados de la vía, con los pasajeros gritando agonizantes desde todos los momentos de su vida, y la locura girando entusiasmada entre aquel caos, buscando algún hueco por el que colarse.

Él mismo intentaba ser el servicio de rescate que cerrase las vías a esa locura (mujer, tenía que tener forma de mujer), que amenazaba con instalarse en primera clase; pero sin ayuda no lo conseguiría. ¿Y a quién tenía allí para hacerlo? No estaba seguro. Diego y Sergio lo estaban intentando, sin duda, pero...

—¿Qué demonios...?

El grito le sorprendió de nuevo (*cuatro veces en una tarde, tío, —se dijo—, estás insuperable hoy*), y volvió a dar un respingo. El libro cayó de su regazo y aterrizó en el suelo abierto como el pato con sus alas extendidas hacía tan sólo... ¿Cuánto?

—¡Aaaaagh!

Era en el chalet de al lado, por la dirección del sonido. Era el anciano,

puede que se hubiera cortado al podar alguna rosa...

—¡Aaaaah!

...y la anciana. Daniel se levantó intranquilo, y se asomó por la barandilla a la piscina. No vio a nadie.

Qué extraño, pensó. La piscina aparecía con su brillo azul cielo debido a los azulejos y pese a la turbidez, imagen resaltada por la sensación de que el agua absorbía la luz del sol en vez de reflejarla. Era un efecto muy abstracto, como si se viera un cuadro desde dentro. Y, por algún motivo, cayó en la cuenta de que el agua presentaba una superficie totalmente lisa, como si fuera sólida, sin una sola onda de movimiento, sin alteración alguna, como un animal agazapado tras un arbusto esperando para saltar sobre su presa. Como si sus tres amigos no hubiesen estado hacía unos instantes bañándose en su interior.

Daniel tuvo que contener un escalofrío, y se encontró a sí mismo agarrado a la balaustrada con suficiente fuerza para tener los nudillos blancos como la nieve. Se sentía como inmerso en un sueño, cuando se volvió lentamente a su derecha, a tiempo de ver como el bañador azul brillante de Victoria desaparecía con un reflejo reluciente del sol por la puerta del chalet de sus vecinos.

8

Se oyeron alaridos, golpes sordos, estruendo de vidrios rotos (o porcelana, o cerámica, o vaya usted a saber qué otra cosa), durante algo menos de un minuto. Daniel estaba paralizado, no acertaba a comprender qué podía estar pasando. Al fin, recuperó el sentido y gritó:

—¡Sergio! ¡Diego!

Pero el ruido era enorme y sus voces quedaban ahogadas.

—¡Victoria!

Además, sintió una punzada de miedo irracional que le extinguió la voz. Dejó de gritar, impelido por ese pequeño animal que se encontraba agazapado en la parte posterior de su mente.

Al poco, el estruendo cesó. Su yo irracional le asaltó al reparar en que no se veía a nadie en los alrededores,

(¿Nadie? ¿No hay NADIE?)

y sólo quedó un ruido de golpes sordos dentro de la casa contigua. Menos de un minuto después, ellos salieron.

¿Ellos? No podían ser ellos. Ellos no...

Victoria apareció primero. Su bañador azul se había convertido en un bañador mate con manchas oscuras goteantes...

¡Oh, Dios, es SANGRE!

Efectivamente, gotas de sangre le perlaban los brazos y la cara como si hubiese contraído la varicela, y unos riachuelos de líquido carmesí rodaban por sus piernas hasta sus pies, dejando huellas en las pequeñas baldosas del porche de la casa. En sus manos sostenía otra mano, seccionada. Pero no, la mano no había sido amputada, que va... Había sido literalmente arrancada, con jirones de piel colgando como campanillas de un ensangrentado árbol de Navidad. Victoria se llevó la mano a la boca, por el lado en que había sido desgarrada del antebrazo al que pertenecía, y chupó con avidez. Se quedó parada al borde de la balaustrada, chupando y mordiendo ocasionalmente jirones de carne del miembro mutilado.

Daniel se hizo a un lado y vomitó. Sergio salió por la puerta, tan rojo como un indio en pie de guerra, rebozado en barro y preparado para la batalla.

Lo que se enredaba en sus brazos era demasiado parecido a unos intestinos como para no serlo. En su mano izquierda sujetaba un riñón, segado por el uréter, que a los movimientos espasmódicos de su mano rezumaba líquido, goteando al suelo como si escurriese una esponja. En su mano derecha portaba un enorme cuchillo de sierra empapado en sangre. Al vomitar Daniel, tanto Sergio como Victoria se volvieron hacia él y dijeron al unísono, con el mismo tono monótono de voz, una misma palabra:

—¡Co-mi-da!

9

Daniel no se podía mover. Con ese regusto amargo en la boca, no se terminaba de creer lo que estaba viendo. Y aquellos ojos...

No es posible, esto es un maldito sueño, debo haberme quedado dormido, pensó, y se pellizcó, pero no pasó nada salvo que sintió dolor al

hacerlo, pero no despertó. Hizo lo mismo que cuando tenía de pequeño uno de esos sueños en que te das cuenta de que estás soñando, cuando las cosas se ponían feas. Cerró los ojos con fuerza, los abrió de golpe, y...

Diego salía del chalet vecino. Era el más ensangrentado de los tres. Parecía haberse bañado en sangre...

(Y tal vez lo ha hecho; vete, corre, vete de aquí vamos no pierdas tiempo...)

Todavía llevaba los vendajes puestos. Ese era un detalle demasiado grande en una pesadilla como esa para que se tratase de un sueño. Además, veía en colores. Había oído hablar de gente que podía ver en colores los sueños, pero él nunca había sido uno de ellos. Además, dudaba que nadie pudiera soñar con vísceras con tanto realismo...

(Corre, sus ojos, ¡corre corre corre!)

Diego llevaba en una de sus manos un ojo, sujeto por el nervio óptico como si fuera un caramelo de palo reblandecido. Y lo usaba como tal. La primera vez no pasó nada, ni la segunda, pero la tercera vez que lo chupó, el ojo estalló. Todo el humor vítreo le fluyó a Diego por entre los dientes, goteándole por la barbilla. Hizo una mueca como de desencanto, tiró el ojo, y se quitó la venda del brazo. Se la arrancó de un tirón sin articular el más mínimo sonido de dolor por el arrastre del esparadrapo. Y sus ojos...

¡Oh, Dios, los ojos de los tres!

De nuevo, Victoria dijo la palabra mágica:

—¡Co-mi-da!

Se encontraba ahora sentada en la balaustrada de piedra que separaba ambos chalet, cebándose en la mano, a la que ya le faltaba un dedo...

(No, ahora dos. ¡Aagh!)

Pero para Diego fue como una señal. Se volvió hacia Daniel y lo miró directamente.

(Sus ojos, sus ojos sus ojos)

En su otra mano descansaba un corazón, casi latente aún, rezumante, y pareció enseñárselo. Después, se lo llevó a la boca y mordió. Brotó un géiser de sangre, el órgano se partió en dos bajo los dientes de Diego, y se ocasionó una catarata carmesí hasta el suelo, que se esparció tapando

sobre fondo rojo las huellas que antes había ido dejando Victoria.

Por mucho que hubiera pensado, Daniel no hubiese podido encontrar un momento de su vida en el que hubiese sentido más miedo o más asco que ante aquella visión esperpéntica e irreal. Tuvo otras dos arcadas; en la primera vomitó la bilis que le quedaba, y en la segunda, nada. Sólo más sabor amargo en la boca, y un pinchazo en la garganta que le hizo regresar a la realidad de lo que sucedía.

Después de un mes de preguntas sin respuesta y paranoias que le dejaban estático frente a la vida y al futuro, fue el instinto más primitivo de todos, el más animal (el menos humano) el que le hizo reaccionar: El de supervivencia.

Su mente llegó hasta el botón de alarma y la voz de su pequeño animal interior, una nueva voz interior que se superponía a la suya propia, le llegó hasta lo más recóndito del alma.

((¡ALARMA!))

Reaccionó, al fin. Y actuó, sus piernas le respondían (*¡oh, sí —respiró aliviado—, gracias a Dios!*), y su cerebro también.

((¡SERGIO!))

Se forzó a mirar otra vez por la barandilla. Victoria seguía sentada en la balaustrada, pero había tirado la mano (o mejor dicho, el pedazo de muñón que quedaba de ella) y se dedicaba a la mitad restante del corazón que había sacado Diego antes. Y este se hallaba encaramado a la piedra, de puntillas, intentando alcanzar el suelo de la terraza para llegar hasta él. Había algo de inhumano en sus movimientos, que Daniel a la vez agradeció y despreció. Los ojos de ambos se cruzaron de nuevo...

(¡Oh, sus ojos, Dios mío!)

Y Diego saltó. En un acto reflejo, Daniel soltó una patada entre dos de los balaustres y le dio en la mano, impidiéndole agarrarse. Cayó con un golpe sordo al suelo, debajo de la terraza, y se perdió de vista.

¿Yo le he hecho eso a Diego? Yo, se lo he hecho yo ay madre ay...

Y Sergio no estaba.

((¡SERGIO! ¡LA PUERTA DEL PISO DE ARRIBA!))

Se abalanzó por la cortina y entró en el saloncito. Nada. Se dirigió al dintel de la puerta y asomó la cabeza con cuidado al pasillo, para asegurarse. Miró al piso superior. Sergio doblaba la esquina y se dirigía

hacia allí enarbolando el cuchillo de sierra. No andaba como los muertos vivientes de las películas antiguas, ni por asomo, y sus ojos...

Sus ojos no eran humanos. Los de ninguno de los tres eran ya humanos. La pupila y el iris habían desaparecido. No es que fueran de color negro; David supo en ese momento que aquello era la Nada, pero no pudo describírselo ni a sí mismo. El resto del ojo que era visible, la conjuntiva, era de un color azul claro, pero turbio, como si los ojos fuesen el negativo de una fotografía mal revelada.

(Como el agua de la piscina hoy, tío, no era el cloro corre tío corre)

—iCo-miii-da!

El monocorde sonido de aquella voz que ya no pertenecía a su amigo le despertó del hechizo de los ojos y corrió a la puerta. La empujó de golpe. Sergio interpuso el cuchillo y la puerta lo partió, pero uno de los pedazos se quedó en el quicio. Daniel abrió un palmo y cerró rápidamente, el pedazo de acero inoxidable cayó al suelo y la puerta encajó. Corrió el cerrojo de la parte superior y se apoyó en la pared, respirando a jadeos.

El cristal de la puerta estalló esparciendo cristales por doquier, y una mano entró por en medio de dos barrotes, sin importarle que varias esquirlas se clavaran en su antebrazo en el proceso. Agarró la camiseta de Daniel y tiró hacia fuera. La cara de Sergio se pegaba a la puerta sin inmutarse ni reparar en que aquello era como el colchón de un faquir, repitiendo una y otra vez la misma letanía:

—iCo-miii-da! iCooo-miii-da!

Daniel intentó estirar hacia atrás, pero la fuerza de Sergio era descomunal...

(El agua, ha sido el agua)

Y no consiguió moverse. Era como si su camiseta se hubiese enganchado en una roca fija en el suelo, en un iceberg de piedra, del que el noventa por ciento se hundía en el cemento.

Se retorció y se sacó la camiseta del cuerpo, aunque por un momento creyó que su brazo derecho no quería cooperar y no lo conseguiría. Pero el miedo a los cristales, y a lo que había detrás de ellos pudo más y al final su brazo accedió y salió también. Al momento, la camiseta desapareció al otro lado de la puerta, y Daniel retrocedió. Sergio tiró la prenda al suelo, desinteresado, y volvió a introducir el brazo por el hueco del cristal, abriendo y cerrando la mano como si así se acercase más a su *comida*.

Pero si era Sergio... ¡Dios! ES Sergio, pensó Daniel, desesperado.

Sin embargo, no lo era. Quería matarle. Los tres querían hacerlo. Por suerte, las puertas tenían barrotes y cerrojos, porque las llaves estaban abajo; y él no sabía qué hacer. No sabía por qué, sólo sabía que necesitaba sentarse y acurrucarse en una esquina hasta que todo aquello hubiera pasado, para bien o para mal.

(Ha sido el agua, el agua tiene algo; sí, pero, ¿qué?)

Resistiendo la tentación de sentarse y balancearse como un loco, Daniel volvió al salón y salió de nuevo a la terraza.

Diego se había encaramado de alguna manera desconocida a la barandilla de la terraza por el lado de la piscina, y ya había pasado una pierna por encima de ella.

((¡TÍRALO, TÍRALO, TÍRALO!))

(No puedo, es Diego, es mi amigo)

((¡ESE NO ES DIEGO, IMBÉCIL, NO ES ÉL, VAMOS, VAMOS!))

(¡No puedo!)

((¡SÍ QUE PUEDES!))

(¡No!)

(¡No!)

((¡¡SÍ!!))

—¡JODER! —gritó, y corrió hasta donde estaba Diego. Lo empujó.

El otro no hizo nada por evitarlo y cayó describiendo un arco. De cintura para abajo aterrizó en el agua, pero su mitad superior cayó de lleno en la piedra rugosa del borde de la piscina, con un chasquido horrible de huesos rotos, y con fuerza suficiente para rebotar y llevar todo su cuerpo a la piscina, con un chorro en semicírculo de sangre que llegó hasta la altura de la terraza desde el rostro destrozado de Diego, que quedó tendido de lado en el agua. La sangre llenó la superficie de la piscina, extendiéndose como si se hubiera derramado un gran bote de pintura.

Daniel miró la asquerosa mancha del borde.

(Lo hemos matado, ¡ya está! Ahora vendrá la policía y nos condenarán, pero no iremos a la cárcel, porque estaremos el resto de nuestra vida en un manicomio, viendo ojos azules con pupilas de Nada y oyendo voces

vacías, y...)

—¡CÁLLATE! —gritó lo más alto que pudo a su voz interior. No lo hizo.

(Pero es verdad. Sus voces no son tuyas, lo he oído. Sólo dicen comida! Con esa voz vacía y átona de muerto viviente, porque no son ellos, no me pueden condenar, porque no son ellos, y...)

—Ya basta, por favor —se suplicó Daniel a sí mismo, y se echó a llorar.

(¿iQué coño está pasando aquí!? ¿iQué!?)

Entonces, el agua se volvió clara otra vez. Lo vio a través de la neblina de sus lágrimas, y aunque todos sus instintos le decían que lo que veía era imposible, en su fuero interno el animal que le mantenía vivo le dijo que sí. *iOh, claro que sí!*

Simplemente, la sangre desapareció. Un segundo antes había sangre, ahora ya no. El agua estaba de nuevo tan *claramente turbia* como al comenzar aquella maldita tarde. Y Diego se incorporó en el agua, como si nada le hubiese pasado, como si no debiera haber tenido el rostro hecho añicos, recompuestos como si alguien hubiese hecho un puzle a martillazos, mirándole con los ojos azul vacío y una simple, normal en cualquier otra situación y terrorífica ahora, palabra:

—iCo-mi-da!

10

Los ojos de Daniel se querían salir de sus órbitas. Ni siquiera se apreciaban en los brazos de Diego las señales de los ataques del pato.

(El pato, esto fue lo que le pasó al pato)

Se oyó un golpe, cuando la puerta del piso superior se abrió de golpe, estampándose contra la pared del pasillo.

((iSERGIO!))

Ha abierto el cerrojo, no son auténticos seres sin alma, piensan. Esto se pone mal, muy mal, pensó Daniel, mientras corría hacia dentro. Allí, en el umbral del pasillo, estaba la figura de Sergio, una vez más. Daniel se abalanzó sobre la puerta de madera de la habitación y la cerró de golpe. Esta vez no fue un cuchillo, sino su propia mano la que se interpuso y chocó impidiendo que la puerta se cerrase. Se oyó un chasquido, (de hueso roto, otra vez) Sergio soltó un gruñido y retiró la mano; Daniel

cerró... Pero allí no había cerrojo.

Ay, Dios, ¿y ahora qué?

Sergio se abalanzó contra la puerta.

iBlom!

Y Daniel se vio empujado por su fuerza hacia delante, pero retrocedió y volvió a cerrar.

¿Qué hago? ¿Qué hago, qué...?

iBlom!

Otra vez igual. Daniel se preguntó en cuántas embestidas le tiraría al suelo.

iBlom!

Esa fue. Cayó cuan largo era, y la puerta se abrió de par en par, saliéndose de sus goznes con un chasquido que la dejó inclinada de mala manera, sujeta por una sola bisagra. Allí estaba otra vez Sergio, con su mano machacada y su brazo lleno de cristales.

(Tranquilo, chaval, un bañito y como nuevo, ja, ja...)

((NO TE VUELVAS LOCO AHORA, ¡NO AHORA!))

Daniel se intentó poner en pie girándose con dificultad. Sergio le sujetó un pie por la zapatilla deportiva y volvió a caer. Consiguió arrastrarse sobre sus codos, aunque Sergio se quedó con su zapatilla.

(¡Quédatela, cabrón!)

Daniel se puso en pie por fin, y corrió cojeando, y Sergio fue tras él. Sólo tuvo tiempo de cerrar la puerta de la terraza y enredar algunas de las filas de canutillos de la cortina entre los picaportes de las hojas. Sergio tiró de la puerta, la cortina se tensó pero resistió, aunque no lo haría mucho más.

iAy, madre de Dios, el cerrojo está al otro lado! Ay, ay, ay...

Fue como esas veces en que se te erizan los pelos en la nuca porque te sientes observado. Daniel miró a su derecha y después a su izquierda. Allí estaban Diego y Victoria, encaramados a la barandilla, mirándolo con esos

ojos llenos de Nada y susurrando con voz átona:

—iCooo-miii-daaa!

((¡TÍRALOS, AHORA NO CAERÁN EN LA PISCINA, TÍRALOS!))

El segundo tirón de Sergio reventó la resistencia de la cortina, y decenas de canutillos rodaron por el suelo. Daniel retrocedió y miró abajo. Allí estaba la piscina, esperándole con muda paciencia. Estaba rodeado.

Sergio apareció en la terraza, y Diego y Victoria avanzaron también. La cosa pintaba muy mal.

((UN PLAN, NECESITAS UN PLAN, LO QUE SEA, PERO ¡HAZ ALGO!))

¿Qué?

—iCo-mi-da! —entonaron los tres casi al unísono.

((YA, ALGO, ¡PELEA!))

(¿Pelear? ¡Ja, ja, ja!)

. —iCo-miii-da!

Se acercaban, despacio, pero inexorablemente.

((EMPUJA A SERGIO Y CORRE))

—iCooo-miii-da!

Más cerca.

(¿Con esa fuerza?)

—iCooo-miii-daaa! ¡CO-MI-DA!

((PUES...))

¿QUÉ?

—iCO-MIII-DA!

Daniel se dio la vuelta y saltó al agua.

((YA ESTÁS PREVENIDO, NO RESPIRES Y SAL DEL AGUA ECHANDO

LECHES. LUCHA, ¡LUCHA!))

Le envolvió el agua y lo sintió.

(¡Oh, Dios, el agua está HELADA!)

Sí, helada hasta el punto de hacerle abrir la boca y perder su capacidad de contención del aire en los pulmones. Le entró líquido por la nariz y en la boca. Braceó y pataleó, intentando hacer pie para salir a la superficie y huir de allí, pero no lo conseguía.

(¿Sabíamos nadar? No, ¿verdad?)

((¿¡QUÉ MÁS DA ESO AHORA!?!))

(Oh, mucho; si, mucho...)

Además del frío, sintió una presencia...

((LUCHA))

...que se acercaba hacia él. El sabor del agua que había tragado era sorprendentemente dulce (y sucio), y lo envolvía.

((LUCHA, TÍO))

Se acercaba, lo que fuese se acercaba...

((¡LUCHA, COÑO!))

...y lo ceñía con sus asquerosos brazos acuosos y turbios. Lo rodeaba...

((¡LUCHA, HAS HECHO PIE...!))

EPÍLOGO

Salió del agua y respiró hondo, abriendo sus nuevos ojos azules de Nada al mundo azul. Veía a sus amigos arriba; sí, los veía, eran sus amigos otra vez. Podía comunicarse con ellos sin necesidad de hablar...

(¿Hablar? ¿Qué es hablar?)

Pero en ese momento, lo que verdaderamente sentía con todo su ser era hambre, un hambre atroz. No quería salir de entre aquella maravillosa

agua, pero tenía que comer. Regresaría después. Lo primero era lo primero.

Salió de la piscina, y en ese momento algo pasó por el centro regulador de su nuevo cerebro:

—*Creo que deberíamos dejarlo...*

Se incorporó. Una serie rapidísima de imágenes fugaces pasaron por detrás de sus nuevos ojos a una velocidad endiablada. La infinitésima parte del ser, lo poco que quedaba de Daniel allí dentro, se horrorizó al comprender cual sería su primera víctima, su primer alimento. *Seremos amigos*. Y cuál vendría después, en segundo lugar (*Nerea, Dios santísimo, Nerea...*). Dominante de forma abrumadora, el resto de aquello que ya no era Daniel (y lo ignoraba totalmente, arrojándolo en el más pequeño y lejano rincón de una turbia y oscurecida alma abrasada) se volvió a la terraza, y les dijo a sus tres amigos con su nueva voz átona y vacía una única palabra:

—iCo-mi-da!

FIN.